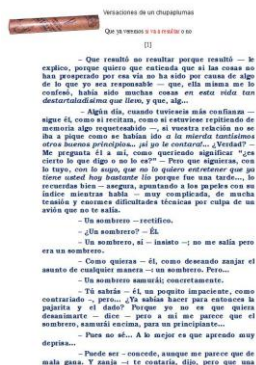


Versaciones de un chupaplumas

Parece que me siento más animado



si bien, y si hubiera que decir toda la verdad, yo muy convencido no es que esté y sí, muy por el contrario, bastante dubitativo y angustiado, no pudiendo dejar de dar vueltas en mi cabeza a por qué dije “sommbrero samurái” cuando hubiera debido tratarse, en buena lógica, de una sencilla gorra de visera que además no había hecho yo sino el nieto pequeño y al objeto de, como hacía muy buena

tarde¹, sacar un rato en su silla de ruedas al abuelo a tomar el sol en el parque en tanto ella, Sonia, pertrechada de los guantes de goma y otros útiles ya mencionados², aprovechará para — con la ayuda del esposo sujetando la escalera mientras ella descuelga las cortinas del salón que no entiende “cómo se ponen tan negras si aquí nunca entramos” — dar eso que las amas de casa llaman “una vueltecita a la casa”.

Pero como mi amigo me tiene advertido de que el escritor no tiene obligación de decir verdad ninguna sino más bien obviarlas todas porque su cometido es crear mundos y situaciones ficticias que tengan que ver lo menos posible con la realidad que suele, encima, ser tan gris y tan chata, no digo nada de eso ni, tampoco, que el chiquillo — porque se empecinó en hacerla él — se entusiasmó con el papel y, enredando, enredando, lo que al final encajó tan orgulloso en la cabeza del anciano era un nemes³ que a la señora de Ramírez (madre) le pareció

¹ Lo que se suele llamar una “tarde espléndida”, que viene a ser un nuevo motivo de desazón porque a ver cómo justificar en tal caso los cabellos chorreantes de la madre del chico. Pero mi amigo dice que no me preocupe por eso y que haga el puñetero favor de centrarme en qué me traigo entre manos en cada momento.

² Ver sección, o capítulo, o apartado anterior.

³ Especie de tocado de tela, un atuendo que utilizaban frecuentemente los faraones egipcios en sustitución de las pesadas y voluminosas coronas ya que, a diferencia de éstas, era una pieza ligera y cómoda.

Parece que me siento más animado

muy aparatoso y se negó a que saliera con él temerosa (aunque también apesadumbrada por darle, como era su ojito derecho según ya se consignó en alguna parte de esta obra, el disgusto al chico) de que se rieran de él o incluso — la señora de Ramírez madre podía ser, aunque hasta el momento se carecía de datos contrastados de que lo fuese⁴, muy exagerada — le tirasen piedras.

Así que, por no andar perdiendo tiempo y emborronando papeles con cosas que no van a pasar a formar parte de los hechos sustanciales ni de la historia que nos ocupa, omito todas estas insignificancias y le digo, directamente y sin perderme en más digresiones, que sí, que me siento más animado.

Lo que parece satisfacerle y, eso sí, eso más que cualquier otra cosa — porque como si mi amigo está contento es casi seguro que le van a venir ideas creativas que me permitan avanzar por caminos que por mí mismo jamás encontraría —, me hace sentir del todo feliz y, para que no me regañe con eso de que la verdad debe ocultarse, me muestro creo que bastante taciturno cuando nos despedimos.

Pero cuando muy pocos días después volvemos a vernos lo encuentro deprimido.

– ¿Qué te pasa? — le digo abriendo la carpeta.

– Nada — contesta cerrándola — ¿Qué quieres que me pase?

– Nada...

– Pues ya puedes ir entonces alegrándote.

– ¿Si? — he vuelto a abrir la carpeta y estoy un poco distraído, hojeando los papeles — ¿Por qué?

⁴ Si bien, y entendiéndolo que puede ser una característica de la que a la larga se saque partido, se toma en consideración y se reserva.

Parece que me siento más animado

- ¡Pues porque eso es exactamente lo que me pasa!

- Bueno — le contesto, maldiciendo en silencio de mi mala costumbre de no numerar los papeles —, pues me alegro.

- Te alegras, te alegras... ¡Te importa un cuerno!

- ¿Estás de mal humor?

- ¡No!

- ¡Vaya — murmuro por lo bajo, a lo mío —: otro motivo de alegría!

- Eso — él —; ponte sarcástico.

- Perdona — levanto la cabeza y lo miro — ¿Qué decías?

- Que te pongas sarcástico.

- ¿Tú crees que debo? — le pregunto, volviendo a mis papeles.

- No, pero ponte...

- ¿Así, porque sí; sin reflexionar si hay un motivo, una circunstancia que lo justifique?

- Las personas como tú no necesitáis motivos. Tiráis para adelante y *aquí me las den todas...*

- ¿“Tiráis para adelante”? ¿Yo tiro para adelante?— renuncio a ordenar los papeles — ¡A mí sí que me las dan todas en el mismo carrillo!

- ¡Ahora va a resultar que tú eres el que sufre; que tú eres el mártir!

- ¡Pero si yo he llegado muy contento! ¡Si tenía incluso una estupenda noticia que darte!

- Pues, hala: suéltala.

- Lo estoy intentando — y me sumerjo de nuevo en los papeles — pero como estoy tan... con todo esto.

- Eso es ¡Machaca un poquito más el clavo, anda!

- Y creo que te haría gracia, fíjate...

- ¡Seguro que muchísima!

- O, a lo mejor — es prodigioso que tan pocos papeles puedan estar tan revueltos — no tanta, pero... ¿Tienes un bolígrafo?

- ¿“Tienes un bolígrafo”? ¿No tienes bastante con el ministerio?

- ¿El ministerio? ¿Me tengo que ir ahora al ministerio y hacer dos trasbordos de autobús por un triste bolígrafo?

- ¡Ah, sí; los creadores sois así! — alarga la mano y me cierra la carpeta de un... carpetazo — ¡Los creadores podéis dejar tirado todo y a todos por seguir creando!

- Eso tendría que hacer — contesto; mirando los papeles, que han revoloteado y están por el suelo y, dos o tres, en la mesa de al lado —: dejarlo todo tirado.

- ¡Y ponte sarcástico!

- Ahora no, hombre... — y como me agacho a recogerlos se levanta a ayudarme — Aunque, bien pensado...

- ¡Pues claro, hombre; ponte cada vez más un poquito más sarcástico! ¿Por qué no?

- Bueno — me rindo y me pongo de pie —; me pongo sarcástico si tanto empeño tienes y, a los papeles — les doy una patada —, que les den por saco.

Parece que me siento más animado

Y para que no se sienta culpable por haberlos tirado, hoy precisamente que debe de pasarle algo, le alargo al sentarme un cigarrillo y...

- De todas maneras no conseguía ordenarlos, así que... Anda – le digo – déjame un boli...

Y uno que he cogido, un papel, uno cualquiera al puro azar y boca abajo, me lo arranca de un manotón; y haciendo una pelota con él y tirándolo contra la pared dice que está harto, y que le toca las narices que yo, que soy un novato, un “recién llegado a la profesión”, dice, parezca saber adónde voy tan decidido y sin quejarme, sin lamentarme nunca de no estar inspirado...

- Porque tú – dice, mirándome a través del humo del cigarrillo que acaba de encender –, ¿qué pasa, que nunca te atascas?

- ¡Pues claro que me atasco! Pero como tú, encima, quieres que lo deje todo, lo poco que parece que llevo un poquito encauzado para ponerme, sin práctica ninguna, de repente sarcástico...

- Pero...

- Que no importa, de verdad – porque ahora sí que empiezo a sentirme también yo harto; y me agacho a recoger otro papel –. Vamos, dame ese maldito bolígrafo de una vez.

Me lo alarga, por fin.

- Ya tienes tu bolígrafo – dice mirándome ceñudo ahí tan tranquilo yo, cruzado de brazos – ¿Y, ahora, qué te pasa?

- Pues nada – le contesto – que estoy esperando.

- ¿El qué?

- ¡Pues que me dictes algo sarcástico!

Versaciones de un chupaplumas

Parece que me siento más animado

Entonces va y me contesta que esta hasta los “güevos” — literalmente y con la diéresis muy pronunciada — de devanarse los sesos por mi culpa; y que en qué mala hora me pidió el puto favor de que lo suplantara porque desde entonces no hace otra cosa que darle al tarro porque soy tan insaciable — dice — que ya hasta los pelos de punta se le ponen “cuando oigo sonar el teléfono y ya sé que eres tú pidiendo «!material, material, mas material; que yo no sé estar parado!»”.

Y que para eso no me había necesitado a mí para nada...

Parece que me siento más animado



Antes de cerrar la carpeta cuento los folios, y son tres⁵. Pero no sé si le va a gustar — tan contento por lo demás que estaba yo hoy — porque esta última frase⁶ tiene mucha pinta de ser el final de algo y a mí lo único que se me ocurre que puede encajar ahí después es un

FIN

Y más abajo, un poco a la derecha que queda muy bien, el nombre de una ciudad lejana y *a tantos de tantos de ninoninini tantos...*

Y ya está.

Pero la camarera, que se ha hecho muy amiga mía y además no es nada antipática — que se lo he dicho, por cierto “la otra noche me marche convencido de que era usted una sota de bastos”, y se ha reído — me ha dicho “yo no lo quiero influenciar; pero su amigo, que estuvo antes de ayer aquí con su novia, lo oí comentar que tenía ilusión por seiscientas o setecientas paginas”.

Pero lo que pasa a lo mejor es que la primera impresión es la que vale; y que ella me ha dicho eso por hacerme rabiar para vengarse por lo de la sota.

(Continuará)⁷

⁵ Una vez expurgados, entiéndase.

⁶ La última del texto de arriba, quiero decir, que es el verdadero argumento.

⁷ Que lo pongo así, en bien grande y en rojo para que lo vea con el rabillo del ojo aunque disimule como si estuviese limpiando la mesa de al lado; a ver si se piensa que me voy a dejar desanimar... Y los folios han resultado ser cuatro, así que si tiene ganas ya se puede ir, la muy antipática, fastidiando.